

Rhin había un ejército francés de cuarenta y cinco mil hombres, mandado por el duque de Borgoña, que hacía sus primeras armas bajo la dirección del mariscal de Boufflers, sus jefes no supieron hacer levantar el sitio de la plaza ni efectuar una diversión eficaz en las fronteras de la República, y Kaiserswerth hubo de capitular en 15 de junio.

Los aliados, sin librar batalla, como deseaba Marlborough, vigilaron al ejército francés y se apoderaron de algunas ciudades, y al terminar el año sólo les quedaban por tomar en Güeldres la capital y en el electorado de Colonia las dos plazas de Bonn y Rheinberg, de las que se hicieron dueños en la campaña siguiente.

En 1703 fracasaron en una tentativa contra el litoral flamenco, en donde los ingleses querían ocupar Amberes, Ostende y Nieuport a fin de asegurar las comunicaciones de su ejército con la Gran Bretaña. Marlborough, que mandaba como general en jefe cien mil ingleses, holandeses y alemanes, exigía que se librase una gran batalla para luego encaminarse a Francia, pero los generales holandeses se opusieron a ello. Por otra parte, el ejército francés, casi tan fuerte como el de los aliados, estaba apercibido detrás de los atrincheramientos del Brabante. Marlborough hubo, pues, de contentarse con tomar Huy el día 23 de agosto. Los holandeses, muy atentos siempre a sí mismos, estaban en continua disputa con los imperiales; exigían de todas las ciudades tomadas en los Países Bajos un juramento a la República, y habiendo el emperador protestado de ello, fueron menester muchos meses de negociaciones para acordar que en los territorios conquistados a los Países Bajos la administración civil dependería del archiduque y el poder militar sería ejercido por los Estados Generales. Ese estado de cosas fué el punto de partida del régimen de la Barreña, tal como se implantará al final de la guerra. A pesar de esas dificultades que habían paralizado sus movimientos, los aliados habían terminado, durante aquella campaña de 1703, la conquista del electorado de Colonia y de la Güeldres y comenzado la del Limburgo español.

Por el lado del imperio, los dos primeros años de guerra fueron mucho más favorables a Francia (1). Bien es verdad que los imperiales, en abril de 1702, bloquearon Landau y que Catinat, enviado a aquella provincia con fuerzas insuficientes, no pudo libertar la ciudad; pero al mismo tiempo Maximiliano de Baviera se apoderaba de Ulm y se aproximaba a la frontera francesa, mientras Catinat recibía la orden de enviarle un cuerpo de tropas cuyo mando se confió a Villars.

Tenía éste entonces cincuenta años; hijo de un teniente general, soldado y diplomático a la vez, había visto en su padre «el ejemplo, para cualquier otro descorazonador, de mucho mérito poco recompensado.» Él mismo había estado «mucho tiempo consumiéndose,» pues siendo coronel de caballería a los veintidós años, durante la guerra de Holanda, no había ascendido a teniente general hasta el final de la guerra de la liga de Augsburgo. Al presente mandaba un ejército e iba a demostrar que tenía «el genio de la guerra;» era osado hasta la audacia, buscador de grandes empresas, hábil

(1) Von Landmann, *Die Kriegführung der Kurfürsten Max Emmanuel von Bayern in den Jahren 1703 und 1704* Munich, 1898.

en la ejecución, y querido del soldado, arrastraba a los hombres con la palabra y con el gesto y tenía mucho de jactancioso y hasta de fanfarrón. «Que me den dos mil caballos, mil dragones y quinientos granaderos,» escribía en 25 de junio de 1702, y se verá lo que hago con aquel cuerpo en los montañas negras,» es decir, en la Selva Negra que separaba las tropas francesas del elector bávaro. Diéronle treinta batallones y cuarenta escuadrones, unos quince mil hombres y cinco mil caballos, y echó un puente sobre el Rhin, en Huninga; pero al otro lado del río, en Friedlingen, esperaba el margrave de Baden. El día 14 de octubre Villars pasó el puente, atacó y sus tropas habían vencido ya al enemigo, cuando la infantería alemana, volviendo a la carga, introdujo entre ellas el pánico; pero Villars recorrió las filas gritando: «Amigos míos, la victoria es nuestra; ¡viva el rey!» y pudo reorganizarlas, obligando al margrave a retirarse del campo de batalla. Los soldados franceses habían saludado a Villars con el título de «mariscal de Francia» que el rey efectivamente le concedió.

Aquella brillante jornada no tuvo consecuencias, pues la estación no era favorable a las operaciones militares. Hasta principios de mayo de 1703 no se juntó Villars con Maximiliano Manuel en Riedlingen, en el Danubio, y obedeciendo las órdenes del rey apremió al elector a que marchase, por el valle de aquel río, hacia Viena, que no tenía ejército que la defendiera porque el emperador habíase visto obligado a enviar tropas a Hungría, en donde había estallado una rebelión fomentada por Francia. Pero Maximiliano prefirió una expedición al Tirol, porque estimaba que, una vez dueño de aquel país, quedarían rotas las comunicaciones entre Austria e Italia, en donde permanecerían aislados los imperiales, y podría dar la mano al ejército francés mandado por Vendome y concertar con este general una marcha ulterior hacia Viena. En consecuencia, mientras Villars apostado en el Danubio protegía Baviera, Maximiliano Manuel se encaminó al Tirol; pero el levantamiento de los tiroleses obligó a salir de allí, regresando entonces a Baviera, que se hallaba amenazada por todas partes. El ejército de los Círculos, constituido por veinte mil hombres reclutados en los círculos del imperio en virtud de una decisión de la Dieta, y el ejército del margrave de Baden habían efectuado su unión al Norte de Ulm. El margrave, resuelto a coger a los franco-bávaros entre dos fuegos, dejó al Norte del Danubio el ejército de los Círculos mandado por Styrum, y fué a instalarse en Augsburgo. Los franco-bávaros hallábanse, pues, estrechados y en un país en donde era difícil la subsistencia; pero el día 20 de septiembre de 1703 Villars atacó a Styrum cerca de Höchstaedt, lo derrotó y destruyó su ejército.

Entre el mariscal y el elector había grandes desavenencias desde el comienzo de la guerra. Difícil era conseguir que un general francés manifestara consideración a un príncipe alemán, y mucho más difícil aún tratándose de Villars que tenía a Maximiliano Manuel por hombre mediocre, tímido y tardío, y que no comprendía que el elector jugase más fuerte que él ni que aceptase más consejos que los suyos. «Yo soy vuestro ministro y vuestro general, decíale antes de la batalla de Höchstaedt. ¿Necesitáis acaso otro consejo que el

mío cuando se trata de trabar combate?» Por otra parte, el mariscal no estaba en buena armonía con el secretario de Estado Chamillart, quien, dice Voltaire, «tenía tanta prevención contra él como ignorancia.» Por todas estas causas Villars pidió que le relevasen, y el rey le envió a combatir a los aldeanos sublevados de los Cevennes, reemplazándole por Marcín.

En el Rhin, después de la marcha del margrave de Baden a Baviera, Tallard había podido destruir los atrincheramientos del Láuter, apoderarse de Viejo Brisach, en 6 de septiembre, derrotar enteramente al príncipe de Hesse a la vista de Espira, en 15 de noviembre, y recobrar Landau dos días después.

En Italia, el año 1702 había empezado mal y acabado mejor. En enero, hallábase Villeroy en Cremona, en donde había establecido su cuartel general, y allí vivía tranquilo, ocupándose, como de costumbre, más «del honor y del placer de mandar que de los planes de un gran capitán.» En la noche del 31 de enero, un destacamento del príncipe Eugenio penetró en la ciudad por una alcantarilla; la guarnición, despertada de improviso, rechazó a los imperiales después de un largo combate en las calles, pero Villeroy fué hecho prisionero en el primer momento, cuando salió a ver qué significaba el tumulto que oía, «sin que acertara a explicarse la causa de un suceso tan extraño.» En París se cantó con este motivo la siguiente canción:

Franceses, dad gracias á Belona,  
Vuestra ventura no tiene igual,  
Ya que habéis conservado Cremona  
Y perdido vuestro general.

Luis XIV compadeció al mariscal, sin censurarlo, y envió para sustituirle a Vendome. El bisneto de Enrique IV tenía entonces cincuenta años: era alegre, dissipado, algo crapuloso, sucio hasta la exageración, perezoso hasta el punto de levantarse a las cuatro de la tarde, mal administrador del ejército y poco amante de la disciplina; pero tenía el genio de la guerra, concebía con rapidez y conservaba la sangre fría en los campos de batalla. Arrojó a los enemigos fuera del Parmesano y del Mantuano y obligó al príncipe Eugenio a mantenerse a la defensiva detrás del Po. Habiendo puesto sitio a Luzzara, atacóle el príncipe el día 15 de agosto. La batalla, que comenzó a las cuatro de la tarde, fué sangrienta, y en ella demostró gran valor el joven rey Felipe V, que había ido a reunirse con el ejército que combatía por su causa, y del que pretendió Eugenio apoderarse a toda costa. La matanza fué espantosa, pero casi sin resultado, pues cada bando se atribuyó la victoria; Vendome, sin embargo, se apoderó de Luzzara y de algunas otras plazas.

Al comenzar la campaña de 1703, Vendome podía, si obraba rápidamente, expulsar de Italia a los austriacos, puesto que disponía de cuarenta y cinco mil hombres contra treinta mil y no tenía que habérselas ya con el príncipe Eugenio, llamado a Viena para presidir el Consejo de guerra, sino con el conde de Starhemberg; pero perdió tres meses combinando planes. En julio recibió la orden de dirigirse al Tirol para juntarse con Maximiliano Manuel; llegó con mucho trabajo a Trento a fines de agosto, y retrocedió cuando supo que el elector había evacuado aquel país. Después hubo de pro-

ceder al desarme de las fuerzas del duque de Saboya.

Éste, tan estrechamente unido a Luis XIV y que, además, era suegro del duque de Borgoña y del rey de España, no estaba satisfecho del precio puesto a su amistad y, esperando que el emperador le daría más, había entablado negociaciones con él. Luis XIV ordenó a Vendome que desarmara el contingente saboyano que formaba parte del ejército, y a fines de septiembre estaba hecho el desarme. El duque, antes de decidirse



LOUIS HECTOR  
Duc de Villars.

El mariscal de Villars

Facsimile de un grabado contemporáneo anónimo

del todo, hizo pedir al emperador su última palabra, amenazándole, en caso de que no le satisficiera, con encomendarse a la generosidad de Luis XIV. El emperador, por el tratado de 8 de noviembre de 1703, prometió el Monferrato y el Vigevanesco y garantizóle, además, las conquistas que el duque se proponía realizar en el Delfinado y en Provenza; y desde aquel momento Starhemberg maniobró para juntarse con Víctor Amadeo en el Piamonte. La unión, que Vendome hubiera debido y podido impedir, quedaba efectuada en enero de 1704.

Las potencias marítimas hicieron, durante dos años, colosales esfuerzos contra España y sus colonias, siendo su propósito interceptar el comercio hispanoamericano y arruinar los dos centros principales del mismo, a sa-



ber, Cádiz en Europa y Cartagena en América. A primeros de septiembre de 1702, la escuadra francesa que mandaba Ducasse rechazó un ataque de los ingleses contra el puerto de Cartagena. El mes anterior, una flota anglo-holandesa, compuesta de cincuenta navíos y ciento sesenta transportes, había desembarcado diez mil hombres cerca de Cádiz. Los aliados confiaban en que la ciudad se les entregaría, pero al ver que se defendía, y no queriendo bombardearla por miedo de hacer impopular en España su intervención, se habían reembarcado. Al abandonar las costas de Andalucía, supieron que Chateau-Renault había hecho entrar, el 22 de septiembre, en el puerto de Vigo, los galeones que venía convoyando desde la Habana (1), y entonces resolvieron apoderarse de aquel rico cargamento, que se estimaba en más de cuarenta millones. Forzada la entrada del puerto en 23 de octubre de 1702, Chateau-Renault, que había hecho poner á buen recaudo todo cuanto había podido, incendió sus navíos; mas no logró evitar que los ingleses se apoderasen de algunos de ellos así como de nueve galeones españoles, llevándose un botín que se calculó en unos cuatro millones. Este asunto de Vigo sirvió de pretexto á la traición de Portugal, cuyo rey Don Pedro, descontento de Francia porque no había enviado buques á sus costas, y de España, en la que suponía malos designios contra la independencia de Portugal, acabó por ceder á las instancias de Inglaterra que le solicitaba desde hacía tiempo. Por un primer tratado, de 16 de mayo de 1703, prometiéronle las potencias marítimas la protección de sus buques y obtener para él cuatro ciudades españolas de Extremadura, otras cuatro en Galicia y un territorio en América; él, en cambio, se obligó á reconocer al archiduque Carlos como rey de España, á recibirle en Portugal y á proporcionarle un ejército de veintisiete mil hombres.

Siete meses después, y en virtud de un tratado de comercio, el mercado inglés quedaba abierto á los vinos portugueses y el portugués á los paños y otras manufacturas de la Gran Bretaña. Estos tratados, á los que se ha dado el nombre de Methuen, su principal negociador, hicieron de Portugal un anexo de Inglaterra y dieron á los aliados una base de operaciones militares contra España.

La defección de Portugal, después de la de Saboya, y los reveses de Francia decidieron á Inglaterra y á Holanda á rechazar en absoluto la política de las particiones; y habiendo el emperador renunciado, en acta de 12 de septiembre de 1703, por sí y por su primogénito á sus derechos á la sucesión de España en favor del archiduque Carlos y quedando de esta suerte asegurada la separación de España y Austria, las potencias marítimas reconocieron como rey de España al archiduque. En lo sucesivo, los aliados tratarán por todos los medios de desposeer totalmente á Felipe V.

### III.—Pérdida de Baviera; reveses en España.—Las primeras negociaciones en Holanda

A principios de 1704, Luis XIV y Felipe V tienen un solo aliado, el elector de Baviera, apoyado por un

(1) Calmon-Maison, *Les galions de Vigo, 1702*, en la «*Revue des deux Mondes*,» (1903).

ejército francés, y han de combatir en el Norte, en los Países Bajos mutilados por los anglo-holandeses, en Italia para defender el Milanesado contra los imperiales y el duque de Saboya, en Castilla contra los anglo-portugueses y en el Danubio, á fin de proteger al elector Maximiliano Manuel.

El ejército francés en Baviera estaba incomunicado con Francia; carecía de víveres, de vestimenta, de armas y de dinero, y disminuía diariamente á consecuencia de las deserciones y de las enfermedades. Contra aquel ejército, acampado en tierras del Imperio, dirigieron los aliados sus principales esfuerzos.

Marlborough, que, en mayo de 1704, había concentrado sus fuerzas en Maestricht, logró escapar á la vigilancia de Villeroy, juntóse por el camino con los hessenses y los prusianos (así hay que denominar en lo sucesivo á los soldados del elector de Brandeburgo, nombrado rey de Prusia) y en 22 de junio reunióse cerca de Ulm con las tropas del emperador y de los Círculos, mandadas por Luis de Baden. El día 2 de julio, los aliados forzaron, cerca de Donauwerth, el paso del Danubio y Baviera fué terriblemente devastada hasta las puertas mismas de Munich. El elector inclinábase ya á tratar con el emperador, cuando supo que iba en su socorro el ejército de Tallard; y una vez llegado éste, las tropas franco-bávaras encamináronse hacia el Norte, á fin de atraer á Marlborough fuera de Baviera y se instalaron á orillas del Danubio, algo más abajo de Höchstädt, en la planicie en donde Villars había obtenido el año anterior una victoria. El frente de aquel ejército estaba protegido por el riachuelo Nebel; su derecha apoyábase en la aldea de Blenheim y el Danubio, y su izquierda en las alturas cubiertas de bosques de Lutzingen.

En el entretanto, Eugenio, después que hubo partido Tallard, había abandonado el valle del Rhin y dirigiéndose hacia el Danubio, y habiéndose encontrado con Marlborough en Donauwerth, tomaron posiciones enfrente del ejército franco-bávaro, en la noche del 12 al 13 de agosto. Tenían unos treinta y tres mil infantes y veintinueve mil caballos y los franco-bávaros treinta y cinco mil y diez y ocho mil respectivamente, mandados por Maximiliano Manuel, por Tallard y por Marcin. Tallard, proveedor excelente, adorado por los oficiales y por la tropa, tenía «todo el ardor y toda la viveza franceses,» pero su vista era tan débil que «no veía nada;» Marcin poseía «la experiencia de un buen oficial más que la de un general» y había ascendido gracias á las intrigas cortesanas. Los franco-bávaros estaban como divididos en dos ejércitos. Tallard á la derecha y Maximiliano Manuel y Marcin á la izquierda y entre uno y otro alas de caballería, es decir, la disposición más peligrosa. Al mediodía, estaba empeñada la batalla en toda la línea: los anglo-holandeses atacaron Blenheim, en donde se hallaba reunida la mejor infantería francesa, pero habiendo sido rechazados, lanzáronse contra el centro enemigo y lo arrollaron.

Después pasaron el Nebel y derrotaron el ala derecha, haciendo prisionero á Tallard. En la otra ala, Marcin y el elector que habían rechazado las embestidas del príncipe Eugenio, temieron que Marlborough les cogiera de flanco y pasaron el Danubio, no quedando, por consiguiente, en el campo de batalla más que

los diez mil hombres de infantería olvidados en Blenheim que, cercados por todas partes, hubieron de capitular. Eran tropas veteranas entre las cuáles estaba el regimiento de Navarra que, antes de rendirse, rasgó y enterró sus banderas. El ejército franco-bávaro, que contaba unos cincuenta mil hombres, quedaba reducido á veinte mil; los demás fueron hechos prisioneros, ó se dispersaron ó murieron en el combate; además, los vencedores se apoderaron de banderas, cañones y bagajes. Al recibirse la noticia en Versalles, nadie se atrevió á comunicársela al rey; y «fué preciso que la señora de Maintenón se encargara de decirle que ya no era invencible.»

Los restos del ejército francés llegaron á Alsacia el día 1.º de septiembre. Los aliados tenían libre el camino del Danubio al Rhin y dominaron Baviera sin dificultad. El día 7 pasaron el Rhin por Philippsburgo y, de haber prevalecido el criterio de Marlborough, habrían entrado en Lorena cuyo duque, según él mismo decía, estaba incondicionalmente con ellos; pero los imperiales prefirieron sitiar Landau, que capituló el 24 de noviembre.

Durante el año 1705 los aliados se limitaron á recorrer las fronteras del Norte y del Este. Villars, á quien se hizo venir de los Cevennes, mandaba en el Mosela un ejército de setenta batallones y cien escuadrones; y Villeroy, en los Países Bajos, guardaba las líneas del Brabante con setenta mil hombres. Marlborough quería, como siempre, emprender una ofensiva enérgica é invadir Francia; pero los generales imperiales estaban celosos de él y los holandeses tenían miedo de desguarnecer sus fronteras; de aquí que Marlborough nada decisivo pudiese realizar contra Villars ni contra Villeroy y que la frontera francesa se viese libre de toda agresión.

En España la guerra fué desastrosa. A consecuencia de rivalidades entre Louville, el «mentor» del rey, la señora de los Ursinos, camarera mayor de la reina, y los embajadores del rey de Francia, no había podido prosperar ninguna reforma y Felipe V hallábase sin generales y casi sin ejército. Luis XIV le envió doce mil hombres al mando de Berwick y la flota de Tolón para defender las costas. Berwick, hijo natural de Jacobo II y de una hermana de Marlborough, era católico, habíase retirado á Francia cuando la revolución de 1688 y desde 1693 había hecho todas las campañas como teniente general. «Aquel demonio de inglés» supo inspirar confianza á los españoles y al frente de veintiséis mil hombres penetró en Portugal, en la primavera de 1704, y marchó sobre Lisboa sin encontrar resistencia; pero los calores de la estación y la falta de víveres le obligaron á retroceder.

En el entretanto, la escuadra inglesa cruzaba por las costas de España acechando una ocasión propicia para intentar un golpe de mano. En 1.º de agosto presentóse delante de Gibraltar; y esa plaza, inexpugnable si hubiese sido defendida, «pero en la que no había más que cincuenta soldados y un cañón en estado de disparar,» hubo de rendirse, el día 4, á los ingleses, quienes dejaron en ella una guarnición de dos mil hombres. Algunos días después, la escuadra francesa, al fin salida de Tolón, obligó en 24 de agosto, después de un vivo cañoneo, á los buques enemigos á retirarse (1). Gibraltar fué

(1) Communay, *Le comte de Toulouse et la bataille de Velez-Malaga*, «*Annales de la Faculté des Lettres de Bordeaux*,» 1884.

sitiado por tierra y por mar, pero la escuadra que al dejaron los franceses era demasiado débil. «Parte de los barcos fueron destruidos por las tempestades; otros apresados al abordaje por los ingleses, después de una admirable resistencia, y otros incendiados en las costas de España» (noviembre de 1704 y marzo de 1705). Después de aquel desastre, los navíos ingleses se pasearon por el Mediterráneo «como los cisnes en el río de Chantilly.»

En 1705, una escuadra inglesa condujo al archiduque á Cataluña, cuya población se sublevó en su favor. Barcelona capituló el día 9 de octubre y muy pronto los reinos de Valencia y Murcia proclamaron á Carlos III; de suerte que á fines de 1705 Felipe V había perdido todo el litoral mediterráneo.

En el Piamonte, Vendome tomó á Victor Amadeo casi todas sus plazas y en 16 de agosto de 1705 detuvo en Cassano D'Adda al príncipe Eugenio que acudía en socorro de aquél. A fines de 1705 faltaba sólo apoderarse de Turín.

En aquel año de 1705, Luis XIV, viendo que la situación se agravaba en todas partes, que España carecía en absoluto de recursos y que Francia no se hallaba en estado de soportar mucho tiempo todo el peso de la guerra, había comenzado á negociar la paz, que esperaba obtener utilizando las discusiones entre los coligados. Las potencias marítimas se quejaban de que el emperador se preocupase más de combatir á los húngaros, que luchaban por su independencia, que de guerrear en el Rhin, y el emperador se alarmaba al ver que los holandeses se establecían cada vez más sólidamente en los Países Bajos españoles. Los ingleses quisieron prohibir á los holandeses el comercio que seguían haciendo con Francia, y hasta sus corsarios apresaron buques de Amsterdam cargados de vinos de Burdeos; pero los holandeses reclamaron diciendo que no podrían proseguir las hostilidades si se les privaba de su tráfico y al fin los ingleses les autorizaron para transportar todas las mercancías francesas, excepción hecha del contrabando de guerra. Por último, ingleses y holandeses no se entendían acerca de la dirección de la guerra, lo que motivó que durante la campaña de 1705 solicitase Marlborough que le relevasen de su mando. Una guerra entre los dos aliados no parecía cosa imposible.

También entonces Luis XIV se dirigió á Holanda para entrar en negociaciones, ya que allí encontraba siempre aquel partido de la paz, compuesto de comerciantes que querían ante todo los negocios, y de republicanos federalistas que temían la autoridad que la guerra daba al poder central. El rey, en octubre de 1705, transmitió sus proposiciones por mediación del teniente general Alegre que, estando en Holanda como prisionero de guerra, había logrado permiso para pasar unos meses en Francia. Luis XIV ofrecía dos combinaciones: ó bien el archiduque Carlos obtendría el electorado de Baviera con el título de rey, Maximiliano Manuel recibiría como compensación el reino de las Dos Sicilias, Francia se ensancharía con la Lorena y una pequeña parte de los Países Bajos (Luxemburgo, Namur, Char-

Poggi, *La battaglia navale di Malaga (24 agosto 1704)* narrata da un testimonio oculare, «*Mem. di Storia italiana*,» 1901.



leroi y Mons), y el duque de Lorena se quedaría con el resto; ó bien se adjudicaría Nápoles al archiduque y Sicilia al duque de Lorena, se restituiría á Maximiliano Manuel Baviera, y se dejaría pendiente la cuestión de los Países Bajos. En ambos casos, Felipe V continuaba en posesión de España y de las Indias.

Heinsius entendió que la satisfacción propuesta para el archiduque era insuficiente y que había que darle á lo menos el reino de las Dos Sicilias, el Milanesado y los Países Bajos; por otra parte, jamás consentiría que Francia se anexionase un pedazo de Bélgica.

Las negociaciones se prolongaron hasta abril de 1706, momento en que la coalición aparecía más estrechamente unida. Marlborough había recorrido Europa siendo bien recibido en todas partes; en Inglaterra la reina y el Parlamento estaban de acuerdo para continuar la guerra hasta conseguir la total victoria; Marlborough había logrado en Viena que el emperador siguiese una política conciliadora con los húngaros, á fin de poder disponer de mayores fuerzas contra los franceses, y le había tranquilizado respecto de las intenciones de los holandeses concernientes á los Países Bajos y en Berlín había halagado al rey de Prusia; habíase restablecido la concordia entre ingleses y holandeses, y la hacienda de la coalición se había robustecido con el crédito de las potencias marítimas, quienes garantizaron un empréstito contratado por el emperador y le hicieron adelantar por los banqueros de Viena cien mil coronas.

#### IV. — Pérdida de Bélgica y del Milanesado. Negociaciones secretas.

Luis XIV quería tomar en todas partes la ofensiva en 1706. Las provincias del reino proporcionaron veintisiete mil hombres de milicia; aumentóse la infantería con cinco hombres por compañía, y se reclutaron treinta nuevos regimientos que los príncipes de la sangre se encargaron de pagar y sostener. Organizáronse ocho ejércitos mandados: en los Países Bajos, por Villeroy y Maximiliano Manuel; en el Mosela, por Marcin; en Alsacia, por Villars; en el Milanesado, por Vendome; en el Piamonte, por La Feuillade; en el Rosellón, por Noailles; en Cataluña, por Testé, y en Portugal, por Berwick.

En los primeros días de marzo, Villars y Marcin alcanzaron algunas victorias. Villars hubiera querido sitiarse Landau, pero Luis XIV le ordenó que protegiese la Alsacia y ordenó á Marcin que fuese á reunirse con Villeroy.

Éste estaba acampado en Ramillies, al Norte de un afluente izquierdo del Mosa, el Mehaigne, cuando en 23 de mayo de 1706 se presentó para combatirle Marlborough al frente de setenta mil hombres. El general inglés encontró á los franceses «puestos en orden de batalla tal como habría querido ponerles él para vencerlos;» en efecto, la izquierda francesa estaba inmóvilizada detrás de unos pantanos. Marlborough, en una carga, rompió la derecha francesa, arrojóse sobre el centro, atacándolo de flanco, y se apoderó de Ramillies; y Villeroy, que no había querido escuchar ningún consejo antes de la batalla, ordenó la retirada de las tropas que no habían tomado parte en el combate. Aquella

retirada fué un desastre terrible que costó seis mil hombres á los vencidos, quienes sólo habían perdido dos mil en Ramillies, habiéndose refugiado muchos fugitivos en Lovaina, en Bruselas y en otras poblaciones cercanas. El mariscal, con los pocos millares de hombres que le quedaban, fué retrocediendo detrás del Dyle, del Dender, del Escalda y del Lys hasta llegar á la frontera. Esa noticia, dice la señora de Maintenón, «me dejó anonadada, abatida, estúpida... Confieso que es grande el sufrimiento de ver sufrir al rey.» Luis XIV no dirigió ninguna censura al mariscal y según parece no es auténtica, sino inventada posteriormente, la frase que suponen que le dijo cuando volvieron á verse: «Señor mariscal, á nuestra edad ya no se es afortunado.» Saint-Simón dice que la entrevista fué «corta y seca.» y se goza en la humillación del presuntuoso inepto, por quien sentía muy pocas simpatías: «Había pasado la época en que el lenguaje, el darse mucho tono y las sacudidas de la peluca eran tenidos por razones; el favor que sostenía esa nulidad ha cesado.» Grandísima falta fué de Luis XIV haber sostenido, con peligro del Estado, á varias nulidades de esta especie. Los repetidos desastres conmovían profundamente la opinión en Francia; el prestigio del anciano rey disminuía y nuevamente se escribieron canciones satíricas contra Villeroy:

Es mucha lástima, á fe mía,  
Que monseñor de Villeroy  
Sea ya mariscal de Francia;  
Porque en esta gran acción  
Puede decirse sin lisonja  
Que se ha ganado el bastón.

Perdióse toda la Bélgica, excepto la región del Sambre, habiéndose Marlborough apoderado en pocos días de Lovaina, Gante, Bruselas, Brujas, Audenarde y Amberes, cuyos habitantes dispensaron á los aliados una cordial acogida. Los Estados de Brabante habían enviado, en 26 de mayo, á Marlborough una diputación, pues la dominación franco española (anjouina, como la denominan los historiadores) habíase hecho impopular en poco tiempo. Los franceses se disponían á afrancesar los Países Bajos estableciendo en ellos un régimen centralizador; habían substituído tres Consejos por uno solo, el Consejo del Rey; conferido á una misma persona la superintendencia de la hacienda y el ministerio de la Guerra y creado intendentes y una fiscalización al modo de Francia, cosas todas muy temidas. De aquí que los Países Bajos considerasen como una redención la victoria de los aliados y que los Estados de Flandes, en 6 de junio de 1706, reconociesen unánimemente como rey á Carlos III.

Por aquel lado sólo era ya cuestión de defender la frontera francesa, y al efecto, Vauban construyó dos campos atrincherados junto á Dunkerque, plaza cuya suerte inspiraba grandes temores. Este puerto constituía para Inglaterra un motivo de inquietud y sus corsarios causaban enormes pérdidas á las potencias marítimas: en junio de 1703, secundados por algunos navíos reales, habían destruído una flota de ciento ochenta barcas pescadoras de arenque y cuatro buques de guerra ingleses, y en junio de 1706 habían capturado varios buques ingleses cerca de Ostende. El ministro Godolphin había pedido á Marlborough que destruyera aquel puer-

to, pero el general temió que, si atacaba Dunkerque, despertaría los celos de los holandeses y comprometería la Gran Alianza; así es que, después de haber tomado Ostende, se dirigió hacia el Lys, tomó Courtrai y puso sitio á Menin, plaza de poca importancia, pero necesaria para poder sitiarse Lila, y que no se rindió hasta el 22 de agosto, después de una enérgica resistencia. Precisamente en aquel entonces Vendome, llamado de Italia, se había encargado del mando del ejército del Norte. Necesitábase allí, dice Luis XIV, «un jefe que se captase la confianza de los jefes y de los soldados y devolviese á las tropas aquel espíritu de fuerza y de audacia tan natural en la nación francesa.» Parecía, en efecto, que se había perdido aquel espíritu á fuerza de derrotas y de descalabros. Vendome reconstituyó un ejército y Marlborough desistió por de pronto del sitio de Lila.

Vendome había cometido grandes faltas antes de salir de Italia (1). Encargado de contener al príncipe Eugenio en la línea del Adige mientras La Feuillade ponía sitio á Turín, no había podido impedir que el príncipe pasara el río, y el joven duque de Orleans que le sucedió en el mando, dejó que Eugenio acudiese en socorro del duque de Saboya, que se había escapado de su capital, y fué á reunirse, en 28 de agosto, con el ejército que sitiaba Turín. Cuatro días después juntóse Eugenio con Víctor Amadeo cerca de la ciudad. El sitio había avanzado muy poco; La Feuillade, tan inepto como Vendome y más infatuado, había rechazado con impertinencia el ofrecimiento de Vauban de servir como voluntario á sus órdenes, y había atacado muy mal la plaza y dejado que se escapara de ella el duque de Saboya. Además, no había adoptado ninguna precaución contra la marcha del príncipe Eugenio, en la que no quería creer diciendo que era una «visión.»

La llegada de Eugenio hacía necesario vencer á éste antes de proseguir el sitio. El duque de Orleans hubiera querido salir de las líneas para combatirle, pero Marcin, que desempeñaba cerca de él las funciones de asesor, tenía en el bolsillo las órdenes del rey, las cuales, según él, disponían que se tomara Turín, no de que se combatiera al príncipe Eugenio. El duque hubo de ceder, no sin predecir que el ejército, encerrado dentro de líneas demasiado extensas, en las que había varios puntos mal guarnecidos, sería seguramente derrotado. En efecto, atacado de frente y de flanco por el príncipe Eugenio y por Víctor Amadeo, fué vencido; el duque de Orleans quedó herido, lo propio que Marcin, éste mortalmente, y La Feuillade se batió en retirada, abandonando los heridos, doscientos cincuenta cañones, ciento ocho morteros, siete mil ochocientas bombas, los pontones, los bagajes y los caballos de trece regimientos de dragones (2), y retrocediendo hasta los Al-

(1) Pietro Fea, *Tre anni di guerra e l'assedio di Torino del 1706, narrazione storico-militare*, Roma, 1905. *La campagna di guerra in Piemonte (1703-1708) e l'assedio di Torino (1706)*, t. I y VII, Turín 1906 y 1907.

(2) Se ha acusado á la duquesa de Borgoña de haber hecho fracasar, con la complicidad de Marcin, el sitio de Turín para salvar á su padre; pero esto no es más que una leyenda. Véanse sobre este particular: Boselli, *La duchessa di Borgogna e la battaglia di Torino*, «Atti della R. Accademia delle scienze di Torino», vol. XXVII; de Haussenville, *La duchesse de Bourgogne*, t. III, pág. 127, etc.

pes. Luis XIV habría querido que el duque de Orleans rehiciese su ejército y entrase de nuevo en campaña, mas en vista de que esto era imposible, no tuvo más preocupación que salvar las tropas francesas y algunas guarniciones que se habían quedado en el Milanesado, y propuso al emperador devolverle las plazas que aún poseía mediante que sus tropas pudiesen retirarse libremente. El emperador aceptó el trato en marzo de 1707, y de este modo la Italia del Norte fué evacuada después de la batalla de Turín, como lo habían sido los países de allende el Rhin después de la de Höchstædt y los Países Bajos después de la de Ramillies.

En España comenzaba mal la campaña de 1706. Felipe V quiso recobrar Barcelona y la sitió con cuarenta mil hombres, mientras el almirante conde de Tolosa, bastardo del rey, bloqueaba el puerto; pero la plaza fué socorrida por el almirante Byng, que al aproximarse puso en fuga al conde de Tolosa cuyas fuerzas eran inferiores á las de los ingleses. El sitio fué levantado en 12 de mayo, y como los caminos de Cataluña estaban interceptados, el ejército sitiador retiróse á Navarra al través de los Pirineos. Felipe, desde Pamplona, marchó precipitadamente á Madrid, resuelto como escribía á Luis XIV, «á sacrificarse en defensa de su corona.» Por el lado de Portugal, los enemigos, mandados por un protestante francés, Ruvigny (que habiéndose refugiado en Inglaterra cuando la Revocación, era entonces lord Galway), habían rechazado á Berwick y avanzaban sobre la capital, que Felipe hubo de abandonar y en la cual entraron ellos en 25 de junio proclamando á Carlos III.

Pero el día de aquella proclamación, gritóse en las calles de Madrid «¡viva Felipe!» pues mientras muchos magnates se sometían á Carlos III, el pueblo se mantenía fiel al heredero designado por Carlos II y sentía afecto por el joven rey y también por la joven reina, aquella hija del duque de Saboya que, á la edad de diez y ocho años y ante la ruina del reino, conservó todo su valor. Además, el pueblo detestaba á los catalanes y odiaba á los portugueses y aun más á los ingleses heréticos. Extremadura organizó y sostuvo doce mil milicianos, y Andalucía cuatro mil caballos y catorce mil voluntarios; en Castilla, los aldeanos, guiados por sus párrocos atacaban los convoyes, cercaban los destacamentos é interceptaban los correos, y en Madrid morían en gran número los soldados extranjeros, envenenados ó asesinados.

El día 3 de agosto de 1706, las tropas de Felipe V entraron nuevamente en Madrid y los aliados en el reino de Valencia, cuya conquista completaba el almirante con la toma de Cartagena en 2 de junio, de Alicante el día 5 de septiembre, y de las islas de Ibiza y Mallorca. Berwick, que salió en su persecución, no pudo obligarles á trabar batalla, pero les tomó Cartagena y los «arrinconó» en las montañas de Valencia.

Durante todo el año 1706 Luis XIV trató de des-hacer la coalición. En la primavera, cuando la situación de Víctor Amadeo parecía desesperada, ofrecióse por mediación de la duquesa de Borgoña algunas ventajas en el Milanesado; el duque, al principio, dió oídos á aquellos ofrecimientos, pero se volvió atrás después de los fracasos de Ramillies y de Barcelona. Luis XIV no